

Frágiles mariposas del alma. *Siempre Alice*

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía Moral en la Universidad Complutense de Madrid.

tomasdomingo@filos.ucm.es



Ficha técnica

Título: Siempre Alice

Título original: Still Alice

Dirección: Richard Glatzer, Wash Westmoreland

Guión: Richard Glatzer, Wash

Westmoreland (Novel·la: Lisa Genova)

Año: 2014

País: Estats Units

Duración: 101 minuts

Reparto: Julianne Moore, Alec Baldwin, Kristen Stewart, Kate Bosworth, Hunter Parrish, Erin Darke, Shane McRae, Victòria Cartagena, Stephen Kunken, EHA Urbsalu, Cali T. Rossen, Kristin Macomber, Cat Lynch, José Báez, Jamie Lee Petronis

Género: Drama

De una película como esta es muy fácil hablar, pero también difícil. Es fácil: se trata de una película que ha tenido máxima distribución y también máximo reconocimiento, ha estado entre las merecedoras de la preciada estatuilla dorada (su actriz protagonista) y trata de un tema que podemos calificar de «muy humano». Pero también es difícil, ¿por qué? Nos coloca, en tanto que espectadores, en la posición de contemplar el profundo deterioro que sufre una persona, que sufre toda una familia, ante una enfermedad tan terrible como es el Alzheimer. Ante esta situación, en situaciones así, el discurso bioético «que es necesariamente teórico» encuentra sus límites. Por ello, películas como esta nos ayudan a precisar nuestro discurso y, lo que es más importante, a relativizar muchas cuestiones de nuestra vida, incluidos los discursos que construimos sobre ella.

Vayamos con lo más fácil. La historia de la película es sencilla, aunque trágica. Alice Howland (Julianne Moore) es una profesora que está en la cúspide de su carrera profesional, la cual ha sido resultado de un largo y duro proceso. Es profesora de psicología cognitiva en Harvard y experta en desarrollo lingüístico, y es considerada una autoridad en la materia a nivel mundial. Además, está casada y tiene tres hijos; su marido también tiene éxito profesional y sus hijos están comenzando a labrar brillantes carreras. Toda esta vida y este mundo se derrumban cuando le diagnostican Alzheimer.

Desde un punto de vista cinematográfico, el valor de la película reside en la brillante interpretación que lleva a

cabo Julianne Moore; ella nos introduce de lleno en esta terrible historia sin necesidad de aspavientos dramáticos. El elenco de actores secundarios contribuye a hacer creíble la historia; todos los actores son muy conocidos. Así, el espectador que ve la película, que asiste al terrible drama, proyecta (o puede proyectar) anteriores interpretaciones de dichos actores a los que, de alguna manera, la propia película hace también entrar en crisis. La película no tiene un guión que se pueda considerar extraordinario y mucho menos una dirección audaz.

Contemplar el profundo deterioramiento que sufre una persona, que sufre toda una familia, ante una enfermedad tan terrible como es el Alzheimer

Con respecto al tratamiento que se hace de la enfermedad de Alzheimer ha recibido alguna dura crítica, pues puede dar la sensación de que se presenta esta enfermedad como grave y trágica solo cuando la sufren personas jóvenes. En los últimos años hemos podido contemplar extraordinarias películas sobre esta enfermedad, todas ellas, me atrevería a decir, muchísimo mejores que esta, por ejemplo *Amor* (Michael Haneke, 2012), *Iris* (Richard Eyre, 2002) o *Lejos de ella* (Sarah Polley, 2006). También es cierto que estas cintas hacen girar la enfermedad de Alzheimer, y su drama, sobre personas ya mayores. Creo que esta dife-

rencia entre unas y otras puede ayudarnos a «pensar más» desde un punto de vista ético. Y aquí nos adentramos en las dificultades a la hora de hablar de la película.

El planteamiento de la película recuerda mucho una película muy querida por los asiduos a la bioética y al cine: *Wit* (Mike Nichols, 2001). En las dos cintas nos encontramos con dos personajes femeninos que han conseguido éxito en su campo académico. Parece «como si» se nos estuviese presentando un modelo de autonomía ya conseguido o realizado y, sin embargo, las dos se verán afectadas por la enfermedad. Las dos películas nos recuerdan que la cuestión de la autonomía no puede ser bien planteada sino es en relación con la vulnerabilidad y la fragilidad. Son dos películas, por tanto, que albergan una buena dosis de ironía y son una llamada de atención a ciertos endiosamientos de la autonomía tanto teóricos como prácticos.

Pero *Siempre Alice* da un paso más allá en esta problematización de la autonomía, y por ello podemos decir que su profundidad bioética es mayor. No es solo que la biografía de la protagonista quede rota, truncada, sino que lo que resulta roto y truncado es la posibilidad misma de hacer la biografía.



En el caso de *Wit*, la enfermedad biológica (cáncer) cuestiona la biografía y, ante ello, el drama consiste en cómo reinterpretarla, adaptarla, asumir su fin, etc.; en el caso que nos ocupa, la enfermedad, aun siendo biológica, bien podemos decir que es biográfica, pues lo que está anulando es la capacidad misma de hacer la vida, e incluso de asumirla, como sucede en el caso anterior. La comparación de las dos películas muestra la diferencia clave entre lo biológico y lo biográfico. Toda enfermedad es biológica y biográfica, en mayor o menor proporción; y bien sabemos desde la ética médica que afrontar la enfermedad supone atender a la persona enferma tanto biológica como biográficamente. Humanizar la salud no es otra cosa que recordar esa dimensión biográfica en lo biológico. Pero el Alzheimer apunta directamente a lo biográfico, aunque sabiendo que detrás nos encontramos con ese deterioro neurológico. Las neuronas, «las mariposas del alma» (Cajal), enferman y la enfermedad es básicamente biográfica; el Alzheimer imposibilita habitar el tiempo, conectar pasado, presente y futuro, o dar consistencia a la fugacidad de la vida. No es una fragilidad o vulnerabilidad reinterpretable en una biografía, pues ya no hay biografía que pueda hacerlo (solo la de los otros). Creo que por eso la película alcanza mayor dramatismo que cuando vemos el Alzheimer en personas mayores, como sucede en las películas antes mencionadas. Es una enfermedad muy dolorosa, pero lo es más en los casos de personas jóvenes, pues al ser «enfermedad biográfica» la punzada emocional y moral se acrecienta al estar la biografía en plena construcción (lo que no quiere decir que la biografía tenga que dejarse de construir en alguna etapa de la vida).

La película tiene el mérito de presentarnos y exponernos la vida de Alice, y mostrarnos cómo su vida se desmo-

rona. Otro mérito de la película es hacernos ver cómo el deterioro biográfico no afecta solo a la protagonista; la reacción del marido sobrecoge por su tremenda ternura y al mismo tiempo por su realismo e impotencia, y la reacción de los hijos es diversa, plural, como la vida misma. Pero no solo ella, no solo ellos, son expuestos a la enfermedad «biográfica», también nosotros, espectadores y configuradores de nuestras biografías.

Ante estas situaciones de extrema fragilidad, solo cabe animar a acompañar como buenamente sepamos, como buenamente imaginemos

Y ante esta enfermedad biográfica, qué hace o qué dice, qué puede hacer o decir, el discurso ético (bioético). Quizás aquí el discurso tenga que callar y ceder a otras formas de discurso (poéticos, religiosos, etc.) o ceder al silencio. Aquí encuentra el discurso bioético uno de sus límites. Tampoco esto es perjudicial para la propia bioética; una disciplina solo puede estar bien fundamentada cuando reconoce sus propios límites. Ante estas situaciones de fragilidad, de extrema fragilidad, solo cabe animar a acompañar como buenamente sepamos, como buenamente imaginemos. Ahora bien, incluso cuando la bioética se aproxima a estos terrenos de mayor sentimentalidad y de mayor fragilidad, o precisamente por aproximarse a ellos, debemos aquilatar más nuestro discurso, hacerlo más riguroso. La bioética, como la ética, es un afán de sinceridad con la vida, con su dolor y fragilidad, y también, no lo olvidemos, una búsqueda de claridad.